PROYECTO soñando futuros

Segovia vuelo de agua





Colección **Soñando Futuros** © Forcal
coordinación y edición. Gonzalo Blanco y Julián Alonso
producción. © FORCA L + VIDEOARTE
© de los textos: los autores
© de las fotografías: los autores
© de las pinturas, esculturas y poemas visuales reproducidos: los autores
© de los documentales: los autores
© de la música: los autores
diseño y realización. rqr, comunicación (www.rqrcom.com)
depósito legal. ZA-161/2012
ISBN. 978-84-936914-4-8

GRUPO INZAMAC INZAMAC

edición patrocinada por Grupo INZAMAC

Segovia vuelo de agua



Material gráfico de este libro:

FOTÓGRAFOS:

Pototo Díez, Diego Conte Bragado, Antonio Tanarro, Juan Martín Chas, José Luis Puerto, Alonso Zamora Canellada, Rubén del Valle, Julián Alonso, Luis Marigómez, familia de José Mª Moro, familia de Rafael Baixeras, Nao d'Amores, Fundación Esteban Vicente.

ARTISTAS PLÁSTICOS:

Esteban Vicente, Carlos Muñoz de Pablos, José Mª Moro, Rafael Baixeras, Alberto Reguera, Eloisa Sanz Aldea, José María Yagües Arranz, Luis Moro, Mon Montoya, Patricia Hernández Azcárate, Ángel Cristóbal Higuera, Manuel Sáinz Serrano, Carlos Costa y Mariano Carabias.

FOTOGRAFÍA: DIEGO CONTE BRAGADO

Introducción 10
GONZALO BLANCO

Segovia, conductora de la nueva savia 12
CARLOS RODRÍGUEZ

El genio de Segovia 18
IGNACIO SANZ

Los milagros anónimos 30
JOSÉ ANTONIO ABELLA

El jardín, la poesía 46
LUIS JAVIER MORENO

Algunas andanzas
por la etnografía segoviana 56
JOSÉ LUIS PUERTO

Una mirada hacia el pasado de Segovia 72
ALONSO ZAMORA CANELLADA

Agapito Marazuela. Un segoviano
para la cultura de Castilla la Vieja 90
SILVANO ANDRÉS DE LA MORENA

Luz no usada 96
FRANCISCO OTERO

Retrato borroso de pintor abstracto 118
JOSÉ MARÍA PARREÑO

Segovia

Atrapados por la luz 130
ANGÉLICA TANARRO

Un futuro llamado Cultura 142
JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MUNICIO

Comer en Segovia 154
ADRIÁN SANZ

Segovia: una mirada al futuro 166
MAYTE FERREIRO SUÁREZ

Desde el agua 178
LUIS MARIGÓMEZ

Pregunto por Segovia 180
JULIÁN ALONSO

DOCUMENTALES INCLUIDOS EN EL DVD:

Segovia en la mirada

DIRECTOR: MIGUEL RODRÍGUEZ BOLLON

TEXTOS: JULIÁN ALONSO

LOCUCIÓN: FRANCISCO ALCÁNTARA

MÚSICA: *TRES PIEZAS BREVES* DE J. IBERT

INTERPRETADAS POR: QUINTETO DE VIENTO «MADERA NÚMERO CINCO»

MONTAJE: MILLÁN CASTRO VILARIÑO

Desde el agua

VIDEOPOEMA COMPUESTO POR LUIS MARIGÓMEZ

IMAGEN: LUIS MARIGÓMEZ

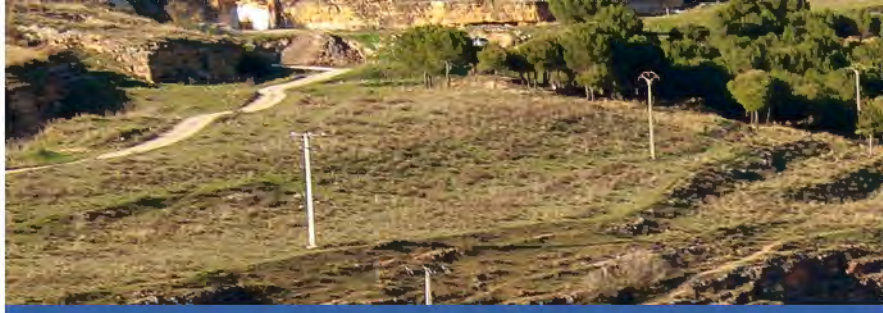
TEXTO: LUIS MARIGÓMEZ

VOZ: LUIS MARIGÓMEZ

EDICIÓN: LUIS MARIGÓMEZ E ILUSA MEDIA

MÚSICA: FRAGMENTOS DE *TIME AND TIME AGAIN*, DE PAUL MOTIAN

INTERPRETADO POR: PAUL MOTIAN, BILL FRISELL Y JOE LOVANO



Los milagros anónimos

JOSÉ ANTONIO ABELLA

Como perro sin amo. Así le ve doña Luisa, con lástima sincera. Ella limpia las ventanas que dan al jardincillo de la calle de los Desamparados cuando le ve pasar ante la verja de entrada, caminando despacio, cabizbajo, incapaz de levantar los ojos hacia el balcón que revienta de geranios. Como sombra sin dueño, murmura la mujer tras el vaho de los cristales. Y es cierto. También él lo sabe. Lo sabe la ciudad entera. Durante doce años fue la sombra de don Antonio, que aceptaba con gusto su compañía en los paseos por la alameda de El Parral, a lo largo del río, hasta el mesón de San Pedro Abanto.

Pero desde finales de marzo, don Antonio apenas para en Segovia. Una orden del Gobierno, dictada a petición del Patronato de Misiones Pedagógicas, le autorizó a residir en Madrid hasta el final de curso. Luego, en septiembre, don Antonio ha tomado posesión de su Cátedra de Francés en el instituto Calderón de la Barca, en el centro de Madrid.

Las ciudades se quedan más solas y más tristes cuando se van los poetas, especialmente las ciudades pequeñas. Y él, una persona pequeña en una ciudad pequeña, se siente ahora el hombre más solo y más triste de Segovia. Así se siente, lo sabe, se resigna. Sabe que don Antonio, en Segovia, donde ha vivido doce años, quedará siempre. Quedará al menos la presencia de su ausencia. De él no quedará nada. Ni el nombre. Sólo algunos eruditos locales sabrán que hubo en la ciudad un modesto funcionario de Hacienda, llamado Seva, Ramón Juan Seva, que fue durante esos doce años la sombra del poeta Antonio Machado.



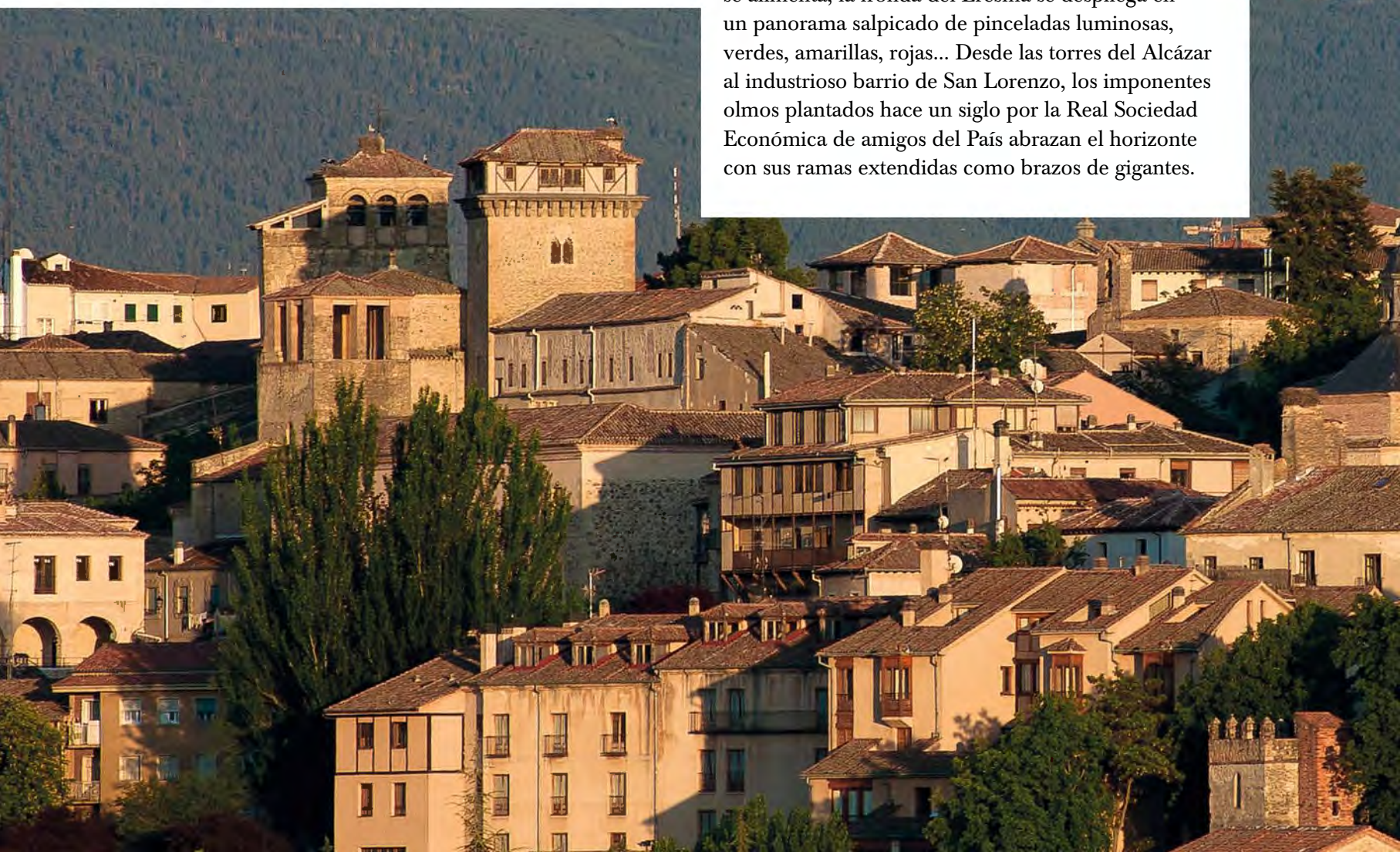


FOTOGRAFÍA: DIEGO CONTE BRAGADO

En estas cosas piensa Seva mientras, calle de los Desamparados abajo, llega a la plaza de San Esteban y, allí sí, allí levanta sus ojos hacia la imponente torre de la iglesia, todavía envuelta en andamios, pero que ya muestra el pasado esplendor por el que fue llamada «reina de las torres bizantinas». Cuando llegó don Antonio a Segovia, recuerda Seva, aún dormitaba en el suelo la mayor parte de sus sillares, heridos por el rayo que desmochó su pináculo de pizarra en 1894 y amenazó de ruina al resto de la torre, que hubo de ser desmontada piedra a piedra y así permaneció durante décadas enteras.

Desde San Esteban, por el Hospital de la Misericordia, desciende Seva hacia el valle del Eresma. A la altura del arco de San Cebrián, opta por subir un momento al adarve de la muralla. Eso es algo que nunca hacía con don Antonio, quien siempre protestaba de las escaleras y cuestas de Segovia, en especial por ese maldito enmorrillado del suelo, más pensado para las pezuñas de las cabras que para los pies de los humanos.

–Es una lástima... –murmura Seva entre dientes, sin que las almenas del arco entiendan a qué se refiere. Frente a sus ojos, ocultando al río del que se alimenta, la fronda del Eresma se despliega en un panorama salpicado de pinceladas luminosas, verdes, amarillas, rojas... Desde las torres del Alcázar al industrioso barrio de San Lorenzo, los imponentes olmos plantados hace un siglo por la Real Sociedad Económica de amigos del País abrazan el horizonte con sus ramas extendidas como brazos de gigantes.





FOTOGRAFÍA: DIEGO CONTE BRAGADO

–Una lástima... –repite Seva, lamentando acaso que nunca don Antonio subió con él hasta lo alto del adarve para disfrutar de esta vista fascinante. Pero medio siglo después –eso no puede adivinarlo Seva–, lo verdaderamente lastimoso será el gemido mudo de los grandes olmos que agonizaban por la simbiosis letal de un hongo y de un insecto. Un árbol muere cuando pierde su sombra, y los olmos la perdieron. Sus cadáveres, muertos en pie, aún escoltaron durante años la ronda de Santa Lucía, hasta ser finalmente descuartizados por las sierras mecánicas.

Desciende Seva del arco de San Cebrián, cruza bajo la viva sombra de los olmos vivos la ronda de Santa Lucía –cuya invisible ermita, más ceniza que ruinas, jamás supo encontrar– y se detiene un instante frente a la fachada plateresca del convento de Santa Cruz, con sus estatuas orantes de los Reyes Católicos y su lema *TANTO MONTA, MONTA TANTO* esculpido bajo la cornisa, en mayúsculas de piedra. No se detendrá ya Seva hasta llegar al puentecillo de la alameda, donde siempre don Antonio se paraba a contemplar el fluir del río y donde siempre se detiene él unos minutos, los justos para que la cantinela del agua recite en su memoria el poemita que allí mismo compuso su amigo y compañero:

> En Segovia, una tarde, de paseo
> por la alameda que el Eresma baña,
> para leer mi Biblia
> eché mano al estuche de las gafas
> en busca de ese andamio de mis ojos,
> mi volado balcón de la mirada.

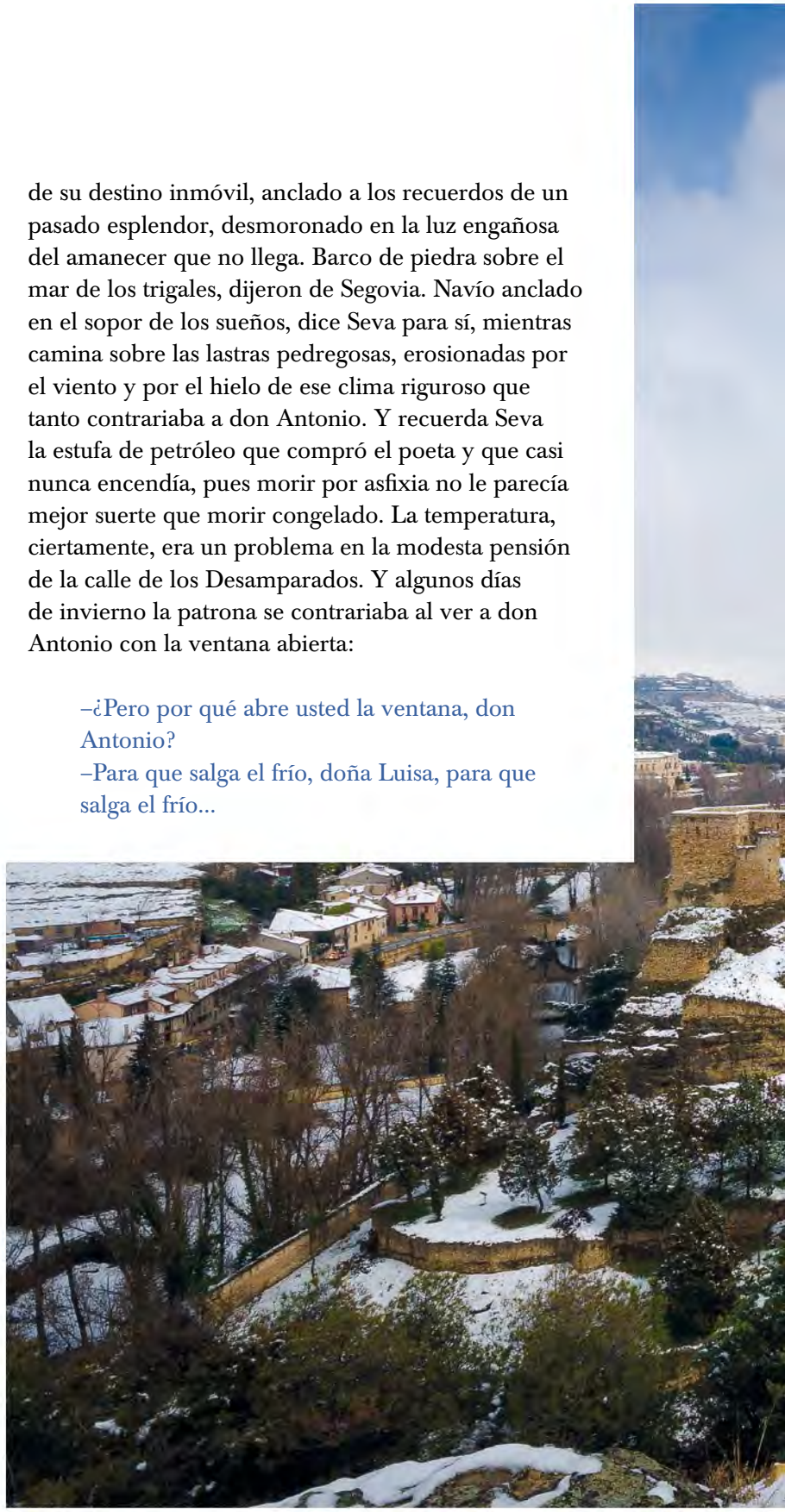
Prosigue el poemita describiendo una situación cómica. Don Antonio abre el estuche y descubre que dentro no hay nada, pero por un instante le parece haber visto volar sus gafas *cual mariposas de cristal.* Y reemprende su paseo

> pensando: hasta las cosas que dejamos
> muertas de risa en casa,
> tienen su doble donde estar debieran
> o es un acto de fe toda mirada.

Toda mirada, sí, es para Seva un acto de fe. Y recuerda el convento de Santa Cruz por donde acaba de pasar y piensa que un acto de fe hubo de ser la mirada de los muchos segovianos que, allí mismo, una oscura noche de 1602 vieron levitar «más de una vara» a un frailecillo dominico llamado Melchor Cano, produciéndose «tan gran claridad sobre el convento que despertó y admiró a nuestros ciudadanos». La cita, tomada del cronista Diego de Colmenares y contada por Seva a don Antonio, hizo sonreír al poeta, reafirmando su convicción de que sólo es posible ver aquello en lo que se cree.

A veces, en las mañanas neblinosas, contemplando la ciudad desde los altos de El Parral, hacia donde ahora se encamina, a Seva le ha parecido ver que Segovia flotaba como el fraile Melchor Cano, suspendida sobre la niebla que crecía del valle, cabeceando lentamente como un barco a la deriva. Nunca lo ha dicho, porque él es sólo un modesto funcionario de Hacienda, no un artista ni un poeta. Pero le parece que esa Segovia que navega sobre la niebla, o que sueña navegar, es la testificación onírica de su destino inmóvil, anclado a los recuerdos de un pasado esplendor, desmoronado en la luz engañosa del amanecer que no llega. Barco de piedra sobre el mar de los trigales, dijeron de Segovia. Navío anclado en el sopor de los sueños, dice Seva para sí, mientras camina sobre las lastras pedregosas, erosionadas por el viento y por el hielo de ese clima riguroso que tanto contrariaba a don Antonio. Y recuerda Seva la estufa de petróleo que compró el poeta y que casi nunca encendía, pues morir por asfixia no le parecía mejor suerte que morir congelado. La temperatura, ciertamente, era un problema en la modesta pensión de la calle de los Desamparados. Y algunos días de invierno la patrona se contrariaba al ver a don Antonio con la ventana abierta:

> –¿Pero por qué abre usted la ventana, don Antonio?
> –Para que salga el frío, doña Luisa, para que salga el frío...




–¿Pero por qué abre usted
la ventana, don Antonio?
–Para que salga el frío, doña
Luisa, para que salga el frío...
FOTOGRAFÍA: DIEGO CONTE BRACADO



FOTOGRAFÍA: DIEGO CONDE BRACADO

Desgranando estos recuerdos ha llegado Seva hasta la iglesia de la Vera Cruz, que le parece la más misteriosa de Segovia. A ella entró alguna vez con el poeta, poco amigo de entrar en las iglesias, para mostrarle el silencio como quien muestra un paisaje. Bajo el edículo central de la nave templaria, un polígono regular de doce lados que Seva comparaba con las puertas de la Jerusalén celestial descrita en el Apocalipsis, el silencio era tan denso que podían escucharse, en efecto, los latidos del propio corazón encogido. Acaso por esa razón don Antonio disfrutaba más con la luz exterior, ensanchada su vista bajo la esfera del cielo mientras escuchaba en labios de Seva la leyenda de la maldición que pesa sobre los grajos, a los que un gran maestre prohibió *ad eternum* posarse en el tejado de la Vera Cruz cuando, en un descuido, algunas de estas aves se colaron en el velatorio de un caballero del Temple, a quien picotearon los ojos.

Leyenda o realidad, lo cierto es que ni Seva ni don Antonio vieron jamás posarse en la Vera Cruz a una sola de las innumerables chovas que revolotean cada tarde desde el Alcázar a la Peñas Grajeras, sobre el santuario de la Fuencisla y el convento fundado por San Juan de la Cruz, donde reposan los restos del patrón de los poetas españoles, o lo que de sus restos queda.

Muerto en Úbeda, y robado con nocturnidad su cadáver a instancias de una piadosa dama de la nobleza local, Ana de Peñalosa, San Juan de la Cruz fue traído a Segovia del modo y manera que describe Cervantes en el capítulo XIX de *El Quijote,* transportado en la noche por «hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo enlutados hasta los pies de las mulas». Este suceso dio lugar a un enconado litigio entre Úbeda y Segovia por ver en qué ciudad debían reposar los restos del santo, controversia que precisó de la intervención del mismísimo Papa de Roma y que se prolongó durante casi tres lustros, hasta que en 1607 se tomó la salomónica decisión de descuartizar el cadáver de San Juan para dar contento a todos. Quedaron en Segovia tronco y cabeza; un brazo y una pierna fueron devueltos a Úbeda; varios dedos y otras porciones de su frágil anatomía se dispersaron en forma de reliquias por la devota geografía española.

Recuerda Seva estas sombras de la Historia y recuerda asimismo que, estando Machado en Segovia, los restos de San Juan de la Cruz fueron trasladados desde su humilde nicho, escavado en el suelo de una capilla lateral del convento de los Carmelitas, hasta el pomposo mausoleo funerario inaugurado en 1927 por el infante don Jaime de Borbón, duque de Segovia, obligado a renunciar a la corona de España por su real condición de sordomudo, metafórica sólo en tantos otros reyes. El mausoleo, con su sagrario de oro y su abigarramiento de jaspes, bronces y plata repujada, admite múltiples adjetivos, pero ninguno acorde a la humildad de un carmelita descalzo que más probablemente hubiera preferido reposar

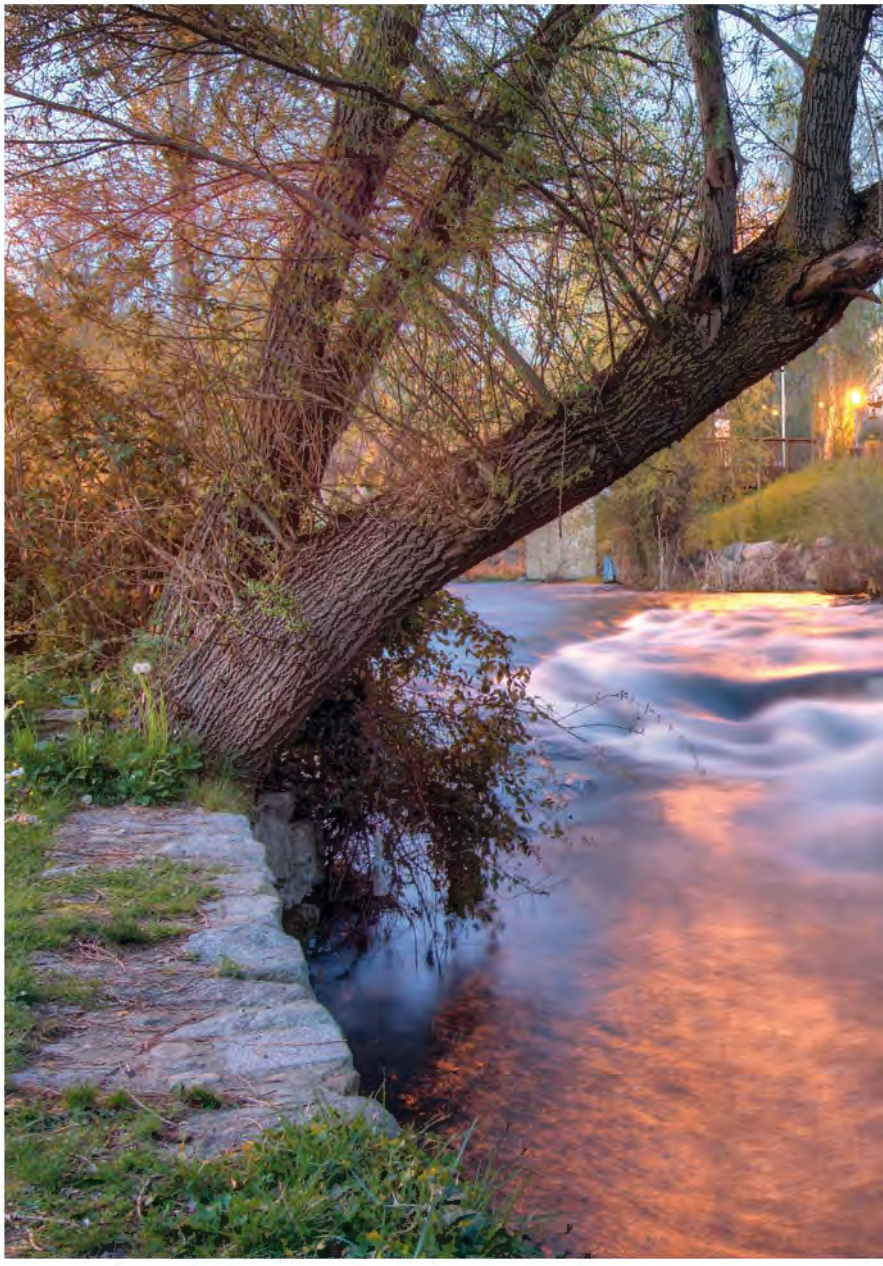
> en la noche dichosa,
> en secreto, que nadie me veía,
> ni yo miraba cosa,
> sin otra luz y guía
> sino la que en el corazón ardía.

–Mala cama para un poeta y peor para un santo – piensa Seva y pensaba, probablemente, el dueño de su sombra.

Fuera del convento, desde el tronco del ciprés que plantara con sus manos el propio San Juan de la Cruz –tan seco y tan hendido por el rayo como el olmo cantado por don Antonio, pero al que ninguna rama verde le ha salido–, contempla el modesto funcionario de Hacienda la tarde que cae y que incendia las torres de Segovia: la robusta torre de Juan II y el resto de torrecillas del Alcázar, con sus pináculos de pizarra al estilo de los castillos centroeuropeos, la esbeltas torres de la Catedral y de San Esteban y las más modestas de San Andrés y de la Trinidad, casi superpuesta desde

su ángulo de mira con la torre de Hércules, en uno de cuyos lienzos está incrustada la escultura celtibérica a la que debe su nombre. A Hércules atribuye el cronista Colmenares la construcción de la ciudad, y aunque éste no figure entre sus doce trabajos cantados en la mitología, parece que en ninguno de los otros puso Hércules tanto primor y cuidado... De todas las ciudades que Seva conoce, ninguna muestra su belleza de forma tan descarada como Segovia lo hace. Se diría que «la vieja dama», a pesar de las caries y las canas que el sol de atardecida tiñe de oro, hace gala de su esplendor con el orgullo atolondrado y engreído de una adolescente pagada de sí misma.

En tardes como ésta, llegados hasta el mesón de San Pedro Abanto, un vaso de buen vino solía ser el merecido pago que Seva, al modo de Berceo, recibía por su fidelidad a don Antonio y a su poesía, que él podía recitar de memoria desde el primero hasta el último de sus versos, como una edición andante de sus obras completas. ¡Qué felicidad inmensa hubiera sido para él que don Antonio le dedicara el más pequeño de sus poemas! Mas un vaso de buen vino era justo pago a su amistad. Así lo sentía Seva, con devoción sincera. Sólo un aspecto de la vida de Machado en Segovia le contrariaba, y era esa manía o necesidad de acudir a Madrid cada fin de semana. «Perdido tren hoy y mañana» dicen las malas lenguas que rezaba uno de los telegramas enviados por el poeta al instituto de Segovia cierto lunes de mil novecientos veintitantos. De no ser por esos viajes incesantes a Madrid, bien podría don Antonio haber viajado en su compañía por la provincia de Segovia, aprendiendo de sus labios alguno de los muchos secretos de una tierra tan llena de secretos.





FOTOGRAFÍA: DIEGO CONTE BRAGADO

Así lo piensa ahora, ya fuera del mesón, cuando regresa a la ciudad por la carretera de Arévalo y uno de esos quejumbrosos autobuses de *La Sepulvedana*, con su baca atestada de fardos y maletas, estornudando humo, envuelve en nubes de polvo las nubes de su recuerdo.

En Sepúlveda tenía la familia Barral un taller de cantería donde Emiliano, el hijo díscolo, contertulio de Seva y de Machado en las tardes segovianas, aprendió su oficio de escultor. El busto de don Antonio –copiado posteriormente para presidir el jardincillo de la pensión de la calle de los Desamparados, convertida en museo– era para Seva la mejor obra de Emiliano Barral, glorificada además por los versos que le dedicó don Antonio:

> ...Y tu cincel me esculpía
> en una piedra rosada
> que lleva una aurora fría
> eternamente encantada.

Versos que concluyen con una amarga descripción de los ojos del poeta y que, años después, cuando la guerra sembró de muerte y desesperanza las tierras de España, demostraron su más trágico sentido ante los ojos de Seva:

> dos ojos de un ver lejano
> que yo quisiera tener
> como están en tu escultura:
> cavados en piedra dura,
> en piedra, para no ver.





FOTOGRAFÍA: DIEGO CONDE BRAGADO

Pero ahora, en Sepúlveda, donde sus pensamientos le han llevado en pos del decrépito autobús de *La Sepúlvedana*, la mirada de Seva no puede sino extasiarse ante la silueta de la villa, que él recuerda desde el mirador donde Ignacio Zuloaga pintó a sus *Mujeres de Sepúlveda*, envueltas en mantas azafranadas como monjes budistas.

Desde Sepúlveda, una de esas tardes que don Antonio pasaba en los cafés de Madrid, partió Ramón Seva hacia Villaseca para recorrer las Hoces del Duratón por lo alto de los acantilados rocosos que los lugareños llaman *La Cuchillada*. Y una cuchillada, en efecto, parece el imponente cañón que labró el río en un paciente trabajo de milenios que la imaginación popular atribuyó al milagroso San Frutos, patrón de Segovia y muy capaz él por sí solo y sólo en un momento –sin más herramienta que su cayado ni más fuerza que su fe– de dar esa imponente cuchillada a las calizas mesetarias para defender a los sepulvedanos del avance de las tropas sarracenas.

Milagro tan rotundo no podía quedar sin descendencia. Y en la ermita de San Frutos, levantada al borde mismo del precipicio, pueden los creyentes curar su dolor de muelas de manera más espectacular y económica que la visita al dentista. Mas no hace falta ser creyente para disfrutar de otros muchos milagros en este lugar mágico, confirmando nuevamente que toda mirada es un acto de fe. Sólo es preciso alzar los ojos para planear con los buitres que anidan en la hoz. O escuchar en el viento que llega cargado de aromas, los ecos de voces lejanas que parecen pronunciar nuestros nombres. O descubrir

los diminutos *zapatitos de la Virgen* que crecen por doquier en las paredes rocosas desde que Nuestra Señora de los Ángeles se apareció en estos parajes a un joven pastor llamado Pedro, como los pastores de los cuentos. O acercarse hasta la cercana hoz donde se alzan contra el cielo las ruinas del monasterio erigido por los franciscanos para dar testimonio de tal aparición, si es que los *zapatitos de la Virgen* no han sido suficiente prueba del milagro.

Los milagros, en Segovia, son un hecho cotidiano. No cerrar los ojos a su luz es el único requisito para verlos. Bajo la luz tamizada de los extensos pinares que van desde Samboal, Carbonero, Turégano y Cantalejo hasta la provincia de Valladolid, ha visto Seva muchas veces, mientras buscaba *nícalos,* el milagro de los arenales que conservan las ondulaciones y el sonido de las olas, recordando los mares que bañaban en la noche de los tiempos estas playas inmensas, escondidas ahora entre los pinos. Oyó Seva decir de un buscador de setas, oriundo de Burgos, que se perdió en los pinares de Lastras de Cuéllar una tarde neblinosa y que vagó sin rumbo varios días y varias noches, tratando de caminar en una línea recta que su cansancio iba curvando en espirales que convergían una y otra vez en el mismo sitio, reconocible a sus ojos por una caracola semienterrada en la arena. Acuciado por la sed y por el hambre, pero especialmente por la sed, se agachó el desorientado buscador de setas a la caracola y vio que contenía un dedal de agua de lluvia con el que apenas pudo calmar un dedo de su sed. Pero puso luego la caracola en su oído y alcanzó a escuchar una voz que le decía: «Sigue a tu corazón». Mas su corazón, tan desorientado como él, había dejado hace tiempo de creer en los milagros. Anochecía además, y una sábana de niebla arropaba las copas de los árboles por lo que el hombre, exhausto, se dejó caer sobre la arena para esperar a la muerte más que al sueño. Así, tendido en la arena del pinar, cerrada ya la noche, una débil claridad atravesó sus párpados. El hombre abrió los ojos y vio una fosforescencia entre los árboles, como una luz brumosa que parecía dibujar un cuerpo de mujer o



de sirena –acaso de ángel– que iba y venía entre los troncos verticales y negros, sin tocar el suelo, como si nadara en la niebla. El buscador de setas la siguió... ¿Qué otra cosa podía hacer? La siguió como quien sigue a su corazón sin saber a dónde le conduce. Hacia el amanecer, estaba en un camino. Y cuando los primeros rayos del sol disiparon la niebla, se encontró frente a una casa en la que una niña de unos diez o doce años daba de comer a un pavo real.

–¿Donde estoy? –preguntó el hombre.

–Estás en *La Charca*, cerca de Cuéllar –dijo la niña–. ¿De dónde vienes?

–Me perdí en la niebla –respondió el hombre sin más explicaciones, incapaz de reconocer que había sido conducido hasta allí por una sirena o por un ángel.



FOTOGRAMA: DIEGO CUESTA BRACERO

Del buscador de setas no se conserva el nombre, pero la niña se llamaba Alfonsa de la Torre. Tenía también aspecto de ángel y con los años escribiría los poemas más delicados que mano alguna escribió en la Tierra de Pinares de Segovia, como el titulado precisamente *Irrumpieron los ángeles*, que comienza con estos versos:

> Venían de las olas,
> de las aguas primeras creadas con plegaria,
> de los mares proféticos latiendo entre los montes,
> de los ojos sagrados con pestañas de hierba.

Seva no llegó a conocerla ni a saber de memoria ninguno de sus poemas. Pero sabe que la historia del perdido que oyó contar en Lastras de Cuéllar es rigurosamente cierta, como ciertos son los milagros cotidianos que no vemos por haber olvidado el arte de mirar la vida desde las raíces, entre las pestañas de la hierba.

Acabada la guerra, Seva dejó Segovia para instalarse en Cáceres, donde hasta su nombre se diluye en la multitud de seres anónimos que construyeron el mundo, al modo de las gotas de lluvia que laten en los montes para crear los ríos y modelar los paisajes. En la ciudad de Segovia, donde vivió largos años, nadie le recuerda. Pero tampoco nadie recuerda al arquitecto del Acueducto, cuya cabeza labró Emiliano Barral en un bloque de granito, tomando como modelo al padre de María Zambrano –don

Blas–, también compañero de tertulia de Machado. Y nadie recuerda tampoco a los maestros canteros que levantaron cada una de las iglesias románicas de Segovia, ni a los picapedreros que desviaron el curso del río Eresma para dejar a salvo los cimientos del santuario de la Fuencisla, ni a los pizarreros traídos desde Flandes para rematar con agudos pináculos las torrecillas del Alcázar, ni a los molineros de San Lorenzo que doblegaban al río en sus azeñas y batanes, ni a los tejedores que exportaban a Europa sus paños finos de Segovia, ni a los maestros albañiles que esgrafiaban las fachadas más humildes con filigranas de cal y arena, ni a los acuñadores que producían a golpe de mazo las monedas de la Ceca, ni a los pastores que trashumaban cada otoño a Extremadura para que la lana de sus merinas se transmutara en el oro de retablos y relicarios, ni a los hortelanos que alegraban la mirada sembrando crisantemos o tajetes al lado de los tomates y las berzas.

Una ciudad es la suma de muchos esfuerzos, bendecidos a veces por algunos milagros. Así lo piensa Seva de regreso a su casa, mientras las campanas de una torre le recuerdan otros versos de su admirado don Antonio, a quien nunca más verá:

> En las sombrías torres
> repican las campanas...
> No te verán mis ojos;
> ¡mi corazón te aguarda!

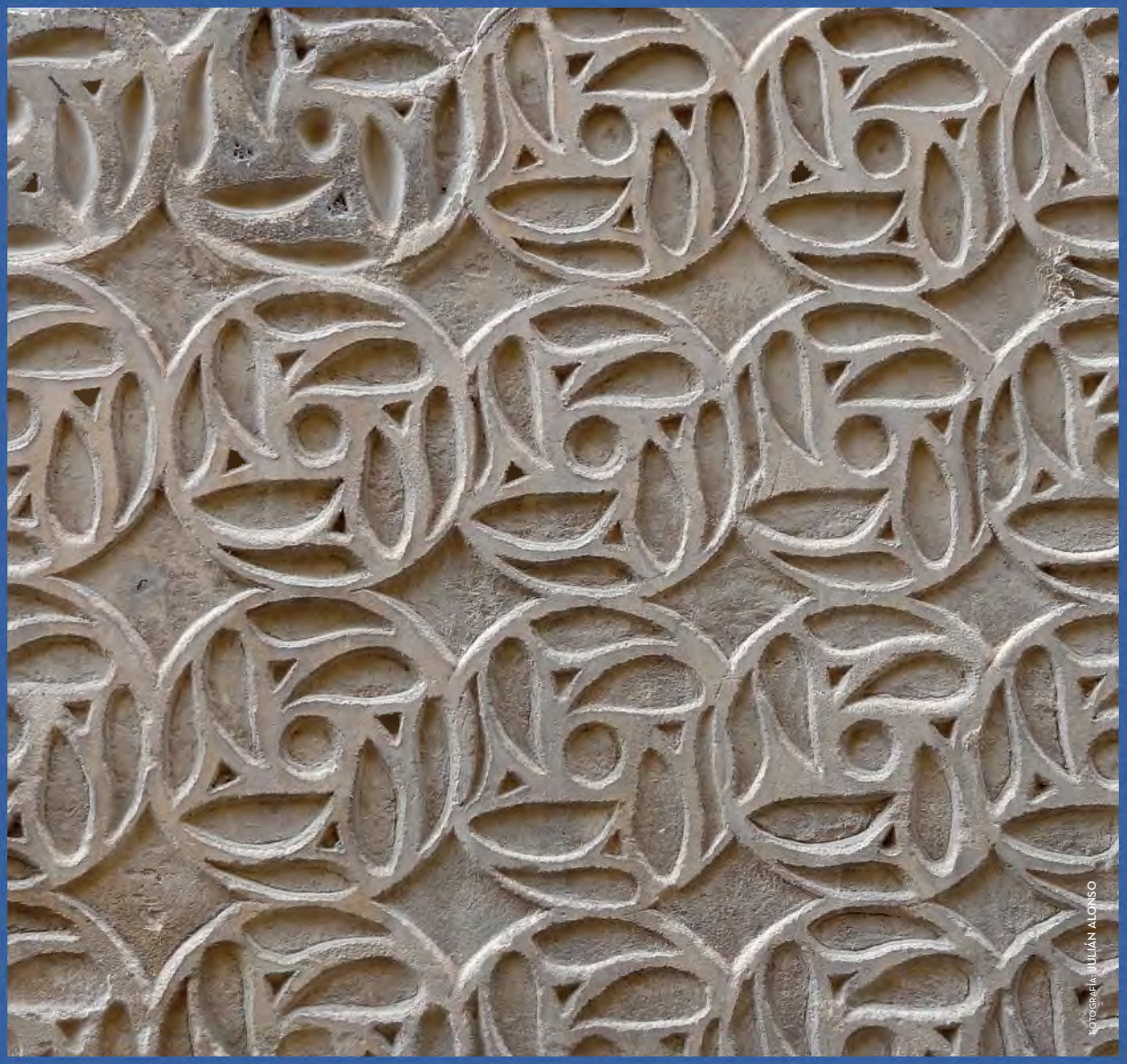
También la ciudad aguarda, piensa Seva. Más que de calles, casas, iglesias, monumentos..., las ciudades están hechas de personas. Y es el corazón de las personas que las hicieron y las hacen lo que late y lo que aguarda en cada una de sus piedras. Las ciudades, como los hombres, tienen un alma que las vive y que las sobrevive. Incluso cuando la ruina se ceba en ellas, cuando las torres se desploman y los capiteles enterrados sienten crecer la hierba, el alma de las ciudades permanece, aún más perceptible que cuando sus moradores acudían al mercado o sus niños cantaban las tablas de multiplicar en sus escuelas.

¿Qué aguarda Segovia?, se pregunta Seva. ¿Qué aguarda de nosotros? ¿Seremos dignos de permanecer en ella, invisibles pero ciertos, ensanchando su alma con nuestras almas?

Sus pasos han regresado en este punto a la plaza de San Esteban, ya de anochecida, con la luna sujetándose con vértigo a los andamios de la torre. Es una imagen que ilustra ante sus ojos la belleza frágil de la ciudad, más amenazada por el vértigo del progreso que por el paso del tiempo. Pero la luna, tan llena como el vientre de una parturienta, no sólo proyecta sobre los adoquines la sombra de los andamios, sino también una sombra pensativa en la que Seva descubre su propia sombra, no la sombra de Machado.

Por vez primera en muchos años, el modesto funcionario de Hacienda respira el aire de la noche como si la ciudad entera respirara en sus pulmones, y también ese aire tiene el aroma de los milagros. En el solitario callejón del Mudo, frente a la Catedral, se encuentra con doña Luisa, que sale del rosario:

–Buenas noches, Seva.
–Buenas y felices noches, doña Luisa.



FOTOGRAFÍA: JULIÁN ALONSO

En las sombrías torres
repican las campanas...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

Edita

Forcal

FORO PARA LA CALIDAD EMPRESARIAL

Patrocina

GRUPO INZAMAC

INZAMAC

ISBN: 978-84-936914-4-8

PROYECTO soñando futuros